

Pues si llama causaba desatino
Para hacerse fuertes á la puerta,
Adelante siguiendo su camino
No les era la muerte menos cierta;
Porque la crueldad del mal vecino
Con tan grande rigor se desconcierta,
Que, si posible fuera, desta gente
No quisiera dejar cosa viviente.

Como la caza que huir procura
Del cubil á los montes y florestas,
Por escaparse por el espesura
De las caninas bocas y molestas;
Y la senda le fué menos segura,
Pues en ella halló las redes puestas,
Entre las cuales siendo detenida
Aquel hilo quebró los de su vida;

Así cuantos huían de la brasa,
Dejando solos los pendientes lechos,
Procurando salir á plaza rasa
Cercada de mortíferos acechos;
A tiempo que salían de la casa
Se vian tras pasados por los pechos,
Otros quebradas piernas, manos, brazos,
Y cabezas partidas en pedazos.

Gritos, voces, clamor, lamentaciones,
Los aires destemplaban y rompían;
De todas partes andan confusiones,
Niño, mujer, varon se confundían:
Hubo también algunos escuadrones
Que con sumo valor se defendían,
Do los amigos indios y cristianos
Habían menester entrambas manos.

Porque por el cuartel donde fué Nieto,
Toronimá con obra de cincuenta
Ponia sus contrarios en aprieto,
Y andaba la batalla muy sangrienta:
Abolla la celada, rompe el peto,
Anima, llama, hiere, desatenta,
Rompe pechos, cabezas, las espaldas,
Derriba grande copia de guirnaldas.

Mas antes que llegase la pojanza
De indios que por él eran llamados,
Nieto rompió por medio la matanza,
Do los suyos andaban mal parados,
Metiéndole los filos de la lanza
Por entrambos ijares ó costados:
Cayó con un grandísimo gemido
De las armas y vida despedido.

El resto de la gente se rebate
Por Holguin y Alonso Alvarez Guerrero,
Un Domingo Lozano y un Oñate,
Bracamonte, Madroño, Joan Ribero:
Morán y Chaves tienen gran combate
Con un Putimar, capitán fiero,
Porque necesidad hizo juntarse
Para mejor valerse y ampararse.

Aqueste ya con copia de varones
Hacia por los indios enramados
Aquel estrago grande que leones
En junta de domésticos ganados:
Aprovechando bien las ocasiones
Antes de verse todos acabados,
Y con la gran macana que esgrimia
Las lanzas y caballos rebatía.

Pero dando respuestas y preguntas,
Así de las palabras como hechos,
Dos flechas reguladas vuelan juntas
Por vías y caminos tan derechos,
Que sin se desviar entrambas puntas
Lo clavaron por medio de los pechos;
Hizo por el foramen ó herida
El alma de las carnes despedida.

Probó luego la mano Pararete,
Que para mal de muchos no fué manca,
Mas de los españoles arremete
Pero Rodriguez el de Salamanca,
Anton Sanchez, Costilla y Alderete,
Con otros á quien dieron plaza franca,
Porque fué tan feroz arremetida,
Que muchos se pusieron en huida.

A estos tiempos Agustín Delgado
Por su cuartel y plaza no traía
El fortísimo brazo reposado,
Ni sin sangre las armas que vestía;
Mas el Orocopon encarnizado
Los cielos y la tierra maldecía,
Un terrible baston entre las manos,
Indios amenazando y á cristianos.

Sus fuertes capitanes animando,
Que muchos le vinieron con presteza,
Sangre, cascotes y sesos derramando
Con una nunca vista lijereza:
Espuma por la boca rebosando,
Como suelen las fieras con braveza,
De gente circunstante hecho valle
Y por adonde pasa larga calle.

Bien como huracán, que da tal priesa
En indicas provincias y regiones,
Que barre la montaña mas espesa,
Quebranta ramas, vuelve los troncones,
Y los anchos caminos atraviesa
Con crecidísimas inundaciones,
Causando tal temor á los humanos,
Que quedan como muertos los mas sanos;

Así con aquel leño que gobierna
Sin que le diese pesadumbre brazo,
La mas dura costilla balla tierna,
La mas ancha cerviz sin embarazo:
Aquí quiebra cabeza y allí pierna,
Aquí quebranta muslo y allí brazo,
Aquí deja montones degollados,
Acullá quedan todos asombrados.

El caballero fuerte, que quería
Hacer en él empleo de su lanza,
Con tanta muchedumbre no podía
Allegar al rigor de la matanza;
Pero con todo esto no tenía
Orocopon de vida confianza,
Por ser de todas partes ofendido
Y estar de muchas flechas mal herido.

En aquestos conflictos y agonía,
Sus poderosos golpes mas tardios,
A Guaramental vido que decía:
«Acabámelo ya, varones míos.»
Concibe Orocopon tal osadía,
Que sacó de flaqueza nuevos brios,
Rompiendo por aquellos escuadrones
Por responder á tales intenciones.

Y sin lo detener contrarias lanzas
Para Guaramental se fué derecho,
Diciéndole: «Traidor, por asechanzas,
Quisiste ver el fin de nuestro hecho:
Espérame, que muerto las venganzas
Podré tomar de tí sin tal acecho,
Si espermentas este brazo fiero
Yo te haré que caigas tú primero.»

Con los golpes que tiene de costumbre
Hizo lugar por uno y otro lado,
Deseando quitar humana lumbre
Al enemigo suyo declarado:
Pero llovio sobre él tal muchedumbre,
Que cayó de mil flechas tras pasado,
La cabeza le fué luego cortada,
Y al indio su contrario presentada.

Mandóla desollar y el casco raso
Y limpio del humor que contenía,
Della hizo hacer dorado vaso,
Con que después el bárbaro bebía:
Sabido pues el fortuoso caso,
El contrario huyó por do podía,
Y los nuestros tomaron de los vivos
Crecidas cantidades de captivos.

Vencidos estos indios animosos,
Que cierto pelearon como buenos,
Volviéronse los vivos victoriosos;
Pero no tan cabales ni tan llenos,
Que de la vida fueron perdidosos
Muchos, y de españoles uno menos,
Que por ser de veneno la herida
Ningun remedio pudo dalle vida.

Sabida la caída desta gente,
Porque la fama corre sin que pare,
Ocurrieron de paz incontinentemente
Las restantes provincias del Unare:
El cojo Guaigotó, varon potente,
El fiero Cotuprix, el gran Mauyare,
Orocomay, mujer, reina pujante,
Y en la paz y amistad perseverante.

Viendo Delgado pues ser tierra dina
De poner en católico concierto,
Determinó volver á la marina
Para manifestar lo descubierto:
Partióse con la gente peregrina,
Llegaron con salud al dicho puerto,
Con grande cantidad de prisioneros,
De que sacaron copia de dineros.

Jerónimo de Ortal, bien informado
Del numeroso pueblo desta gente,
Envió por caballos y recado
A islas que tenían á la poniente,
Para poder entrar aderezado
Con aquel aparato conviniente:
Mas porque no faltasen desta tierra,
Luego hizo volver gente de guerra.

Volvió con Alonso Alvarez Guerrero,
Miguel Holguin, mancebo de gran cuenta,
Con algunos del número primero,
Que todos podían ser hasta cuarenta:
Hallaron en la paz sano y entero
Guaramental, á quien se le presenta
De parte del Ortal un buen presente
Recebido por él alegremente.

Un indio, Villeguillas, encamina
A idioma claro los acentos,
Descubren de la gente mas vecina
Grandes y potentísimos asentos;
Y siempre con aquella golosina
De esclavos que enviaban por momentos,
Agora por rescates, ya por guerra,
Que fué la perdición de aquella tierra.

La fama, como nunca fué secreta,
Entonces levantaba con pregones
Riquísima provincia dicha Meta,
De quien atrás se dieron relaciones:
Y para la buscar por via reta
Loaban estas dichas poblaciones
El de la tierra firme y el isleño,
De cuyas opiniones fué Sedeño.

El cual en estos tiempos y sazones
Dentro de Puerto-Rico ya tenía
Copia de valentísimos varones,
Caballos, municion, artillería,
Segun que pareció, con intenciones
De entrar por Neveri, do residia
Jerónimo de Ortal, con pensamiento
De pasar ó venir en rompimiento.

Para dar perfeccion á su deseo
Entre tanto que él mismo se presenta,
Envió cien soldados de su voleo,
Con muy buenos caballos los cincuenta,
Todos con bríosísimo meneo,
Prestos á desviar cualquier afrenta:
Jerónimo de Ortal, aunque eran buenos,
Tenia por entonces muchos menos.

Vino con esta gente Joan Bautista
Y el animoso Diego de Losada,
Fortísimo varon en la conquista,
Y Reinoso, persona señalada:
Aquestos, sin haber quien los resista,
Saltaron en la costa deseada,
El Ortal quiso menear la lanza,
Mas Delgado templó la destemplanza.

Diciéndole: «señor, no teneis cierta
La palma que buscáis por esa vía;
Vayan con Dios, que si me dan la puerta
Para poder hablarles algun día,
Posible cosa es que yo convierta
A vuestra devocion su compañía,
Pues suele muchas veces la templanza
Vencer lo que no puede larga lanza.»

Con esto mitigó como quería
El Agustín Delgado los furoros,
Porque, segun se dijo, pretendia
Concertar estos dos gobernadores:
Pues, aunque partes del Ortal seguía,
El Sedeño le dió muchos favores
Un tiempo, y así era, como digo,
Al uno servidor y al otro amigo.

La gente pues que de Sedeño vino,
Remotos y apartados deste puerto,
Siguiéron adelante su camino
Por donde lo hallaron descubierto:
Siempre con el recato que convino,
De la seguridad ninguno cierto;
Mas en tanto que van yo me detengo
Enronquecido ya del canto luengo.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo la gente de Sedeño, después que se metió la tierra adentro, dieron en la gente de Jerónimo de Ortal, cuyo capitán era Alonso Alvarez Guerrero, y les quitaron los caballos, y lo que mas aconeció.

Bien es que los de buen conocimiento
Reguarden amistad en los aprietos;
Pero locura es y desatiento,
Si por tener allí tales respetos,
Ponen en confusion y detrimento
Aquellos á quien deben ser sujetos,
Pues cuando los dos piden este juro,
Acudir al señor es mas seguro.

Y aunque no se presume del Delgado
Hacer esto debajo mal intento,
Sabido ser contrario declarado
El Sedeño con tanto fundamento;
Con su gobernador fué descuidado
En no poner algun impedimento
A la gente de la contraria lista,
Y mas no siendo suya la conquista.

Pues era del Ortal derechamente,
Segun la provision del propio dueño,
Y desta tierra firme diferente
La que le proveyeron al Sedeño;
Mas él sin ver aquel inconveniente,
Que entonces se juzgó por no pequeño,
Tomó por parecer otro destino,
Y quiso por allí hacer camino.

Su gente pues, que caminó primero
Entre tanto que la demás venia,
Dieron en Alonso Alvarez Guerrero,
Que desta gente nueva no sabia:
Quitáronle las armas y el dinero
Y todos los caballos que tenia;
Sabida la maldad y atrevimiento
El Ortal hizo mucho sentimiento.

Y con este desgusto de mal jeño
Dijo tales razones al Delgado:
«Yo, señor capitán, de vos me quejo
Y me quiero tener por agraviado;
Pues á no conoceros tan perplejo,
Este juego tuviéramos ganado,
Y es para corregir tan mal esceso
Menester que enmendemos el avieso.»

Condenando por feo tan mal hecho
En cólera volvió su gran templanza,
Y así le prometió poner el pecho
A la satisfacion y á la venganza;
Pero ni sin razon ni con derecho
Él quisiera probar allí su lanza,
Por estar del Sedeño muy prendado
Del tiempo que tenemos ya tratado.

Y con ser amistad mas estendida
Con Sedeño que con Ortal agora,
Quiso mas ver el amistad perdida
Que su fe condenada por traidora;
Al fin el aficion quedó vencida,
Y la razon salió por vencedora,
Aconteciendo para tal intento
Un caso que les vino muy á cuento.

El Sedeño mandó segunda gente,
Caballos, municion y artillería,
Con un soldado viejo muy valiente,
Que Rodrigo de Vega se decía,
A quien yo conocí medianamente,
Pues que tuve su misma compañía;
Desembarcaron en Maracapana,
Que es en la misma costa comarcana.

Recogidos en esta pertenencia
De Guaracapa, indio muy ladino,
Velaron con alguna diligencia
Por tener al Ortal ya por vecino;
Mas no con el recato ni decencia
Que para su seguro les convino,
Porque nunca se hace buena vela
Si sobre ella no anda quien le duela.

Pues Agustín Delgado, que despierto
En sus rondas y velas se hallaba,
A los vecinos indios deste puerto
Particularidades preguntaba
Del orden que tenían y concierto,
Del número de gente que llegaba,
Las armas de que estaban prevenidos,
Dónde y en cuántas partes repartidos.

La gente pues de Ortal bien infermada
Por relación que pareció bastante,
Determinó de dalles alborada
Sin ponérseles cosa por delante:
Caminaron con noche sosegada
Hasta llegar al cerro circunstante,
Pueblo de la cacica Magdalena,
Cuya paz y amistad siempre fué buena.

Tenía centinelas allí junto
El Capitán y gente de Sedeño;
Pero halláronlos en este punto
Entregados á tan profundo sueño,
Como si cada cual fuera difunto
O bulto mal formado de algún leño:
Dejáronlos con este su letargo
Sin armas, y pasáronse de largo.

Al tiempo que su padre de Faetonte
En continuacion de su carrera
Quería ya salir del horizonte,
Seyendo Venus ya la mensajera,
Sus rayos estendiendo por el monte
De la sierra que estaba mas afuera,
Dieron en el ejército dormido
Haciendo poca gente gran ruido.

Levantáronse muy sobresaltados
Guiados de dudosas esperanzas;
Pues como los tomaron descuidados
Y á sombra de tan flacas confianzas,
En un momento fueron desarmados
Perdidos los caballos y las lanzas,
Sin haber en aqueste rompimiento
Defensa ni rigor sanguinolento.

Mas un muchacho fué que en la pendencia
A caballo subía bien armado,
Y aqueste hizo grande resistencia
A toda la cuadrilla del Delgado;
Pero viendo de suyos la paciencia
Y él solo de ballestas rodeado,
Quiso dar porque no le matasen,
Y con que su caballo le dejasen.

Conclusa y acabada la refriega,
Y gente de Sedeño ya rendida,
Hallóse tan confuso nuestro Vega
Que deseaba verse sin la vida:
Ya deshonra los suyos, ya reniega,
Ya del Delgado da queja rompida,
Diciéndole que ¿dónde se sufría
Semejante traicion y villanía?

El respondió: «yo traigo mandamiento
De justicia del rey, y muy bastante;
Quejaos de vuestro poco miramiento,
Pues pudiéades ser mas vigilante:
Que sabe Dios la pena que yo siento
Por venir en demanda semejante;
Quejaos también de vuestros valedores,
Que fueron los primeros agresores.»

Al fin, por no sufrir dichos molestos
Que suelen encender malos enojos,
Los suyos el Delgado hizo prestos,
Las armas recogidas en manojos:
Quedaron los de Vega descompuestos;
Los otros proveidos de despojos,
El Ortal lleno fué de vanagloria
Desque los vio volver con la victoria.

Y aquesta buena suerte por él vista,
Con cincuenta caballos á su uso,
Determinó de dar en el Bautista,
Capitán que los suyos descompuso:
De cien soldados viejos hizo lista
Con los cuales al hecho se dispuso,
Y así siguió los rastros y pisadas
Doblando muchas veces las jornadas.

Llegados con tan buen aviamiento
Donde Guaramental los atendía,
Al Ortal hizo gran recibimiento
Y al Delgado que mucho lo quería;
Dijoles la provincia y el asiento
Donde el contrario campo residía,
Y por no les cumplir mucho sosiego,
En su demanda se partieron luego.

Por campos fertilísimos y llanos
Hicieron en tres días la jornada,
Y cuando le dijeron ser cercanos
Jerónimo de Ortal hizo parada,
Poniendo por concierto sus cristianos
Para dar en la gente sosegada,
La luz de los mortales despedida
Y su vista de sueño convencida.

Tenían los contrarios el asiento
En prado verde con esmalte rojo,
Cerca del grande pueblo y opulento
Del indio Guaigotó, cacique cojo:
Varon en guerra y paz de gran momento
Y entre los convertidos ortodojo,
Amplísimo su campo y su dehesa
Y lo poblado del una gran mesa.

Por líneas rectas árboles opacos,
Cuyas hojas jamás vienen á menos,
Que en aquellas provincias llaman macos,
Fructíferos, úmbrosos, muy amenos;
Los huesos de sus frutos no son flacos
Sustentos, sino recios, sanos, buenos,
Entre estos macos uno fué notable,
Grandísimo, hermoso y admirable.

Debajo cuyos ramos estendidos
En tiempo de calor acontecía
Estar trescientos hombres recogidos
Con caballos y gente que servía;
Todos cómodamente divididos
En el compás que cada cual quería,
Las hojas tan compuestas y tan densas
Que del ardiente sol eran defensas.

Estando pues febea luz absente,
Y casi demediando la carrera,
A los despiertos ojos de la gente
Que huellan otra parte del esfera,
Revolviendo las riendas al oriente
Para tornar á ver nuestra ribera,
Jerónimo de Ortal y sus cristianos
Alistaron las armas y las manos.

Teniendo relación por sus espías
Del maco donde estaban alojados,
Llevando por delante buenas guías
Dieron en los que estaban sosegados;
Pero de las contrarias compañías
Hallaron solamente los llagados;
Porque los sanos, sueltos y valientes
Andaban descubriendo nuevas gentes.

El saco y el rancho fué tan bueno
Que se les descubrió lo mas recluso,
Lo suyo recogieron, y lo ajeno
Aplicaron también para su uso:
El que vino vacío volvió lleno,
Alzando cada cual lo que no puso,
Y con ver mejorados los despojos
Ortal no mitigaba sus enojos.

Pues con presteza tal cual conocía
A su seguridad ser importante
Arrebató la gente que tenía,
Y con ella pasó mas adelante,
En busca de la otra compañía
De semejantes vueltas ignorante,
Porque fuese mas presta su llegada
Que un negro que huyó del arma dada.

Hasta ver al contrario la presencia
Caminaron á pasos estendidos,
Fué de poco momento la pendencia
Por estar los contrarios divididos;
Mas el Bautista hizo resistencia,
Y él y otro quedaron mal heridos,
Y si la gente junta se hallara
La victoria no sé por quien quedara.

Por ser la que faltaba tan lozana
Y su vigor y fuerza tan notoria,
Que murieran allí de mejor gana
Que conceder á nadie la victoria;
Pues con indios y gente castellana
Hicieron hechos dignos de memoria,
Mas nunca les pasó por pensamiento
Que Ortal tuviera tal atrevimiento.

Y así por ser á todos importante
El Delgado dió orden que supiesen
No cumplilles pasar mas adelante,
Sino que de la tierra se saliesen;
Porque el Ortal estaba muy pujante
Y no les convenía que se viesen,
Que tomasen aqueste su consejo
Dado por servidor y amigo viejo.

Oidas las razones y embajada
Y de los descompuestos otras quejas,
Muchas personas desta camarada
Estuvieron confusas y perplejas;
Mas el Reinoso y Diego de Losada,
Anton Garcia y Alvaro de Sejas,
Un Medina y un Garcia de Montalvo
Procuraron de se poner en salvo.

Mas gente dejó ir Ortal aposta
Que con los que ya dije se congrega,
De pertrechos beligeros angosta
Y eminente peligro donde llega:
Finalmente, salieron á la costa
Adonde se juntaron con el Vega,
Que estaba con su gente destruida
En grandísimo riesgo de la vida.

Por San Miguel de Neverí pasaron
Al tiempo que venían de camino,
Adonde saquearon y robaron
Los bienes del Ortal y del vecino,
Por no poder los pocos que quedaron
Resistir el furor luciferino,
Y dalles el desorden y codicia
A los que mas podían la justicia.

Visto que ya no hay quien lo resista,
Jerónimo de Ortal les dió licencia
A los que se quedaron con Bautista
Presos con él en esta competencia,
Para que se volbiesen á su lista
Si no quisiesen ir en su obediencia;
Por ellos aceptada fué de gana,
Y así volvieron á Maracapana.

Allí se vieron todos descontentos
Por no tener defensa conviniente,
Esperando por horas y momentos
Al Sedeño y al resto de la gente:
Luego vieron inflada de los vientos
Vela acia la parte del poniente,
Cuya vista les dió gran alegría
Pensando ser Sedeño que venía.

Pero llegada mas á la ribera
La sospecha ya dicha salió varia,
Porque luego supieron cómo era
Un canónigo, Gasco, de Canaria:
A Santa Marta guía su carrera,
Mas furia de la mar le fué contraria,
Y por huir notable desconcerto
Allí determinó de tomar puerto.

Un don Pedro de Lugo los envía
Para hacer una jornada larga:
Son hombres de valor que en Berbería
Supieron bien jugar lanza y adarga,
Y demás desta gente que venía
De caballos y armas buena carga,
Y allí Gasco traía linda amiga,
Que vive hoy, y el nombre no se diga.

Puestos en tierra los recién venidos,
Fueron de capitanes y soldados
Con un aplauso grande recibidos
Y segun su poder acariciados,
Y á una devocion tan convertidos
Que fueron de la otra trastrocados,
Por loalles aquellos baquianos
La tierra que tenían entre manos.

Como con estos pues se concluyese
Que siguiesen las partes de su bando,
Porque de mejor gana lo hiciese
Al Gasco se le dió supremo mando,
En tanto que Sedeño les viniese
Con la gente que estaban esperando;
Pero después se vió tan amargo
Que les dejó la moza con el cargo.

Que por aquellos campos y florestas
A vueltas de trabajos y desmanes
No faltaban requiebros y recuestas,
Paseos y mensajes de galanes;
A los cuales volvian las respuestas
Con gustosos y dulces ademanes:
Padecía fatiga nuestro Gasco
Por ver su bella dama tan sin asco.

Hollaba la señora tan liviano
Que no pudo sufrir lugar recluso,
Y así con Arce, mozo cortesano,
El Gasco con furor se descompuso;
Muchos con ellos dos echaron mano,
Y el alboroto fué harto confuso,
Pues con ser de los suyos socorrido,
El canónigo Gasco fué herido.

Desque se vió con diligente cura
Asegurado bien de la herida,
Pareciale ser mayor cordura
Dejar la moza que perder la vida:
Partióse por buscar otra ventura
Juzgando por ganancia la perdida;
Y aunque salió de todo descompuesto
Fué de mayor valor el presupuesto.

Partido desta costa y de su sueño
El Gasco para donde le convino,
Llegó con dos navios el Sedeño
Con mucha gente para su camino;
El pesar que sintió no fué pequeño
Informado de tanto desatino,
Pero disimuló con esperanza
De ver muy á su gusto la venganza.

A lo que se perdió con los asaltos
Un «ya podría ser» dió por escudo,
Rehizo de caballos á los faltos,
De suficientes ropas al desnudo;
Consolaba los bajos y los altos,
Y reformólos lo mejor que pudo;
Pero dejémoslos adonde estamos,
Volvamos al Ortal do lo dejamos.

El cual desque se vió con sosiego
Y con tan principal aviamiento,
Con todos sus soldados partió luego
Continuando su descubrimiento:
Hallaron un cacique, dicho Diego,
Sin que supiesen deste nombramiento
La causa ni razon, ni quién le puso
Este nombre tan fuera de su uso.

Pues pensaba cualquiera baquiano
Que de cuantos nacieron de mujeres
Nunca jamás allí llegó cristiano,
Memoria ni mencion de sus poderes;
Y así tomaban todos larga mano
En decir diferentes pareceres,
Y en uno solo yo me determino
Que no parece fuera de camino.

Entre conquistadores eudiciosos
Había desta tierra grandes cuentos,
A fama de la cual dos religiosos,
Debajo de santísimos intentos,
Entraron por los pueblos poderosos,
Año de diez y seis y tres quinientos,
La fe de Jesucristo predicando
Y algunos convertidos bautizando.

Poníanseles nombres de cristianos
Segun santa y católica costumbre,
Con la prohibición de ritos vanos
Por traerlos á nuestra certidumbre;
Mas por los sacerdotes inhumanos
Que de vellos tomaban pesadumbre,
Estos frailes que dominicos fueron
Coronas de martirio recibieron.

Esta fué la razón por que este hombre
Se llamaba segun habeis oído,
Y la misma no pide que se asombre
Quien está destas cosas advertido:
Por hallar entre indios este nombre
Que traemos acá por apellido,
Quedándose con aquel nombre mismo
Que le debieron dar en el bautismo.

De tan fértiles tierras no contentos
Con tanta población, tanta ribera,
A Meta dirigían sus intentos
Y á la casa del Sol, que entonces era
El blanco de los mas descubrimientos
Que pregonaban en aquella era:
Salió pues el Ortal con sus cristianos
A descubrir aquellos campos llanos.

Descubriáanse reinos estendidos
Y en ellos poblaciones generosas,
Do tuvieron recuentos muy reñidos
Por ser aquellas gentes belicosas:
Hubo victoriosos y vencidos,
Hiciéronse hazañas grandiosas,
Entre los cuales bandos y cuadrillas
Siempre hizo Delgado maravillas.

Asprezas inmensas tornó llanas
Con mano que no supo ser vencida,
Pero las tres lanificas hermanas,
Cuya condición es endurecida,
Parece ser que ya tenían ganas
De cortar los estambres de su vida,
Derribando valor del gran Aquiles
No manos de Paris, sino muy viles.

Iban corriendo todos sus soldados
A Guamba, población engrandecida,
Pasaban por asientos despoblados
Sin poder hallar ánima nacida,
Por ser de sus vecinos avisados
Dejar atrás la tierra destruida;
Demás desto mujeres y varones
Eran de belicosas condiciones.

No vuela las espaldas uno solo
A muchos, y en el tiro de saeta
Nada superior el gran Apolo,
Y muy inferior el diestro geta:
Es cifra lo mejor del pueblo etolo
Y sueño los eois y el de Creta,
No tuvo Panopes certeza tanta,
Aretusa, Calisto ni Atalanta.

No saben qué es arnés, yelmo ni greva,
Porque la desnudez es su decencia,
Arco y aljaba solamente lleva,
Y estas son sus astucias y su ciencia;
Pero huían de la gente nueva
Por no tener con ellos competencia:
Los nuestros asentaron allí ranchos
Cazando por aquellos campos anchos.

Pues hay por su compás y su distancia
Floridos prados, apacibles cerros,
Y de venados daban abundancia
Blandientes astas con agudos hierros:
También fué de grandísima sustancia
La caza que hacían con los perros,
Y hasta ver los indios y buscallos
Rehacían personas y caballos.

Allí holgaba nuestra compañía,
Por haber de comida muchedumbre,
Y el ir á buscar caza cada día
Tenían casi todos de costumbre:
Deseando también alguna guía
Que desta gente diese certidumbre,
Entre los cuales Agustín Delgado
Salió movido de siniestro hado.

Acompañábanlo tan solamente
Joan de Agueda su hermano, y un soldado:
Adarga del arzon lleva pendiente
Por no salir á caza descuidado;
Pero la caza fué tan diferente,
Que pensando cazar quedó cazado:
No sé cómo poner en escritura
Aquesta trabajosa desventura.

Vió ir un indio solo por el llano,
Y con deseo grande de tomallo
Hizo luego desvío del hermano
Dando de las espuelas al caballo:
El indio con las flechas en la mano
Nunca mostró temer en aguardallo,
Y pudérale dar golpe nocivo,
Pero no quiso, por tomallo vivo.

El adarga llevaba bien compuesta,
Ansimismo la lanza con aviso,
Y al indio que la flecha tiene puesta
Le dice que se dé, mas nunca quiso:
Antes de tal pelea como esta
No se le conoció ser arrepiso,
Pues siempre le hacia tal amago,
Que mostraba querer no dar en vago.

El sagitario finge que descarga
El tiro por los pechos al caballo;
Delgado reguardólo con la adarga,
Y fuérale mejor aventurallo:
Pues el diestro gandul con flecha larga
Por do se descubrió pudo clavallo,
Gozando de tal suerte del despojo
Que le metió la flecha por un ojo.

Joan de Agueda que vió la mala suerte
Y en el hermano tan cruel herida,
Del caballo bajó por dar la muerte
Al matador de tan ilustre vida;
Pero rogó por él el varon fuerte,
Y estorbó la venganza merecida,
Teniendo ya sentidos ocupados
En lamentar sus culpas y pecados.

Visto tan lastimero desconcierto,
Llevaron á los ranchos y cabañas
Al indio vivo y al cristiano muerto
Dechado de virtudes y hazañas;
Y el caso miserable descubierto
Llorando se rompían las entrañas,
Por ser de todas gentes bien querido,
Y de nadie jamás aborrecido.

En su disposición muy bien podia
Competir con cualquiera gentileza,
Tanto que su presencia prometia
Faltar en él resabio de vileza:
Señalóse también en Berberia,
Donde dió muestras de su fortaleza:
Fué hombre natural de gran Canaria
Y de los antiquísimos de Paria.

El entierro se hizo no pomposo,
Porque no lo sufrió tal coyuntura,
Y á la sombra del maco mas umbrroso
Se le dió la terrena sepultura:
Epitafio se puso doloroso,
Las letras dél en la corteza dura,
E yo vi que decían sus renglones
Estas mismas palabras y razones:

AQUI YACE SEPULTADO

EL BUEN AGUSTIN DELGADO.

Esta funeral fiesta concluida
En Guamba, segun tengo descubierto,
Jerónimo de Ortal aunque con vida,
Por muerte del Delgado quedó muerto:
Viendo para su mal y su caída
Mostrárasele camino mas abierto,
Mas procuró por modo conveniente
Dar el remedio que le fué posible.

Para lo cual fué luego convocado
De sus soldados número de gente,
Y el Alvaro de Ordás salió nombrado
Por general y por lugartiniante:
Quedóse Martín Nieto resabiado,
Aunque mostró tomallo blandamente,
Y para la venganza con efeto
Trató ciertos motines en secreto.

Fué su negociación tan acordada
Y tan persuasivas las razones,
Que la máxima parte de la armada
Correspondió con estas intenciones;
Y al punto y á la hora concertada
A los pocos pusieron en prisiones;
Fué fácil de hacer esto que digo
Por ser familiar el enemigo.

Demás del aleroso desatino
Que se perficionó con gran cautela,
No les dejaron arma ni rocino,
Espada de provecho, ni rodela:
Con intenciones de hacer camino
A la gobernación de Venezuela,
Para juntarse con los capitanes
De Berzares y ricos alemanes.

Concluso sin contiendas ni peleas
Este feo motin y detestable,
Y tomados caballos y preseas
Con servicio de indios razonable,
Dijeron al Ortal palabras feas
Llamándole de vil y miserable,
Indigno de tener segun él era
Tantos buenos debajo su bandera.

Diez le dieron favor en su ruína
Por el rey fidelísimos vasallos,
Y destes un Torrellas determina
Por avisados medios ablandallos:
Al fin para volver á la marina
Les hizo que les diesen seis caballos,
Con ellos y otros diez de gente suelta
El Ortal á la costa dió la vuelta.

Soldados diestros, hombres de gran tomó,
Entre ellos Alonso Alvarez Guerrero,
Ordás, Pero Martín, Chaves, Perdomo,
Quirós, Torrellas, noble caballero;
Joan de Agueda y otros, no sé cómo
Pueda decir sus nombres por entero,
Pues es esta distancia tan notoria,
Que aunque los vi, se pierde la memoria.

A la vuelta se vieron en aprieto
Por no hallar la gente ya tan blanda,
Y los rebeldes Alderete y Nieto
Y el Villagrán y el resto de su banda:
Con amistad de todos y respeto
Llevaron adelante su demanda,
Y dieron por la tierra discurriendo
Con Fedrimán, que andaba descubriendo.

Nicolao Fedrimán en esta era
A su mandar tenía gente harta,
Reteniendo debajo su bandera,
Y sin le consentir que dél se parta,
Al valiente varon Joan de Ribera,
Insigne capitán de Santa Marta,
El cual venía con poder bastante
A descubrir por el dotor Infante.

Deste fuerte varon, cuando comienza
A tratar este reino y sus lugares,
No se halla valor que no se venza
De los suyos, que son mas singulares;
Porque cierto podia sin vergüenza
Competir con los fuertes doce pares,
Y si mis días no fueren estrechos
Yo diré del Ribera grandes hechos.

Pasando pues del Cabo de la Vela
Descubriendo la tierra circunstante,
El Fedrimán llegó de Venezuela
Con gentes y pertrechos al instante:
Y hizo con astucias y cautela
Que juntos descubriesen adelante;
Ribera consintió con lo rogado,
Pero fué mas por fuerza que de grado.

No se hallaba fuera desta furia,
Sino por principal en este cuento,
Mateo Sanchez Rey, el de Liguria,
Que de valor tenía cumplimiento:
Al cual ya tiene la celeste curia
Y en este reino deja monumento,
Y á su doña Casilda, que en aviso
Y hermosura tiene cuanto quiso.

Estaba Diego Ortiz, que es residente
En Vélez deste reino de Granada,
A quien ventura corta no consiente
Siquiera pasadia limitada:
Siendo justificado pretendiente
De cualquiera merced muy señalada,
Pues sus servicios puestos en memoria
Habían menester cabal historia.

Estando juntas pues las dos armadas
Con todo buen recado y advertencia,
Las gentes del Ortal amotinadas
Al Fedrimán le dieron obediencia;
Y en dar el parabién de sus llegadas
No pudo ser mejor el apariencia,
Pero de los caudillos deste hecho
Nunca jamás estuvo satisfecho.

Pues aunque malos, pueden ser mejores
Cesando de dañar quien hizo daño,
Los que son una vez engañadores
Mal pierden el favor de tal engaño;
Mas antes andan vivos los olores,
Aunque se pase mes y pase año,
Que justa paga es del fementido
Cuando dice verdad no ser creído.

Por esto Fedrimán como discreto
Envió con recado conviniente
Al Alderete, Villagrán y Nieto,
A la mar so color de llamar gente;
Pero despachó cartas en secreto
Para que los destierren brevemente,
O no les consintiesen dar la vuelta
Por no le convenir gente tan suelta.

Aquesto se cumplió luego á la hora,
Y aun creo los tuvieron en prisiones,
No para ser justicia-vengadora
De sus delitos y rebeliones;
Pero volvamos al Ortal agora
Concluyendo sus peregrinaciones,
Haciendo canto nuevo y ultimado,
Por quedar sin aliento del pasado.

CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo Jerónimo de Ortal llegó á su pueblo de Neveri en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que mas le sucedió hasta su muerte

El que gente de guerra regir suele
Para tener segura la matanza,
No cumple con que solo se recele
Del contrario que tiene gran pujanza;
Pero también convieue que se vele
De los que están debajo de su lanza,
Pues armas del doméstico enemigo
Riguroso furor tienen consigo.

Y así los humos destes desvarios,
Si condensaren nube de sospecha,
Tener apercebidos los rocios
Antes que salgan llamas aprovecha;
Pero si los remedios son tardios,
La suerte del contrario queda hecha,
Y es menester, en caso semejante,
Por no quedar atrás, estar delante.

El descuido de Ortal aquí fué sumo,
Juzgando las verdades por novela;
El cual no solamente vido humo,
Pero también centellas de candela,
Y con se resumir lo que resumo,
Nunca creyó ser necesaria vela;
Y así, como no hizo cuenta desto,
Quedó de su potencia descompuesto.

Hizo camino pues con sus leales,
Rompiendo grandes fuerzas y pujanzas.
De aquellos belicosos naturales
Que defendían casas y labranzas:
Do las seguridades principales
Les daban las espadas y las lanzas,
Por ser al barbarismo desta gente
Esta seguridad mas conviniente.

En tierra ya de paz los caminantes,
Hicieron á la mar partida presta,
Adonde todos eran ignorantes
De tan breve venida como esta;
Y do por las revueltas dichas antes
Les era la guarida mas molesta,
Por estar el Sedeño con intento
De venir con Ortal en rompimiento.

De manera, lector, que cuando quiso
Evitar á caribes la tragona
Crüel hija de Focis ó de Niso,
Amenazas de muerte le pregona:
Y á no tener con ambas gran aviso,
Grande riesgo corria su persona;
Mas escapóse de crüeles manos,
Por industria del padre Castellanos.

Y tengo yo por muy averiguado,
Que si no se saliera del estrecho,
El muriera suspenso y ahorcado,
Sin mirar á justicia ni derecho,
Por estar el Sedeño tan dañado
Que cometiera ya cualquier mal hecho;
Y así, por lo traer á su presencia,
Fué la que puso suma diligencia.

Mas puestos en la playa deseada,
Cada cual por su parte recatado,
Hicieron con oscuro la llegada
Al pueblo que el Ortal dejó poblado,
Tres leguas mas abajo del armada
Y campo del Sedeño reformado;
El cual para partir estaba presto
Debajo del desino ya propuesto.

Un maestro Joan, que lombardero era,
Siendo de vela dijo quién venia;
Salieron por lo ver á la ribera,
Diciéndole cuán gran riesgo corria:
Al instante le dió barca lijera,
Equipada de buena compañía,
El clérigo francés, principal hombre,
Que se llamaba de mi mismo nombre.

Sin gozar allí punto de sosiego,
Y sin llevar cabal matalotaje,
La vuelta de Cubagua se fué luego,
Y á vela y remo hizo su viaje;
Y no fué de cobarde ni de ciego
Ser él el que llevaba su mensaje;
Pues no costara menos que la vida,
Si no fuera de noche la partida.

Porque otro día luego de mañana,
Algun indio ladino que los vido
Llevó las nuevas á Maracapana,
Diciendo que Ortal era venido;
Sedeño, de su gente mas lozana,
Juntó consorcio bien apercebido,
Mandándoles con ásperas razones
Que luego lo trajesen en prisiones.

A Neveri llegó la gente brava,
Armada de rigor descomedido,
Y sabida la vuelta que llevaba
La dieron á decir lo sucedido:
El Sedeño las barbas se pelaba
Desde supo que Ortal era huído;
Pero fusta de remos mas espesa
Mandó que lo siguiese con gran priesa.

Entre muchos que iban á prendello,
Fueron los dos hermanos Antillanos,
El capitán Copete, Mesa y Tello,
Que también estos tres fueron hermanos:
Zamudio, Ontiveros, Joan de Argüello,
Cabrera, Joan Martín de Castellanos,
Con mas que mi memoria no sustenta,
Y con quien el Ortal tuvo gran cuenta.

Pues el tiempo que suele ser lijero,
De la region etérea movido,
Muchos hizo venir á pagadero,
El campo del Sedeño destruido:
Siguiéron pues á este caballero
Hasta Cumaná, puerto conocido,
Do para lo prender faltó remedio
Por haber puesto mucho mar en medio.

Queriendo ser mas Taurea Campano,
Que hizo de su fuga confianza,
Que Claudio Asello, milite romano,
Que solo la tenia de su lanza:
Vacía se volvió sedeña mano,
Perdida de prision el esperanza;
Libre pues el Ortal de tal encuentro,
Sedeño se partió la tierra adentro.

Recogió del Ortal muchos soldados,
Cuyo fiel valor experimenta;
Y para los llevar bien aviados,
Caballos, armas, ropas les presenta:
Hubo después negocios muy pesados,
De que, mediante Dios, yo daré cuenta;
Pues los Sedeños de presente huyen,
Y los de Ortal agora se concluyen.

El cual, considerada la demencia
Del Antonio Sedeño y la malicia,
Envió sus despachos al audiencia,
Demandando remedio por justicia:
Despachóse juez de residencia,
De quien también daré larga noticia
Al tiempo que mejor me pareciere,
Y con la claridad que yo pudiere.

Porque para tratar cumplidamente
La vida del Ortal en lo restante,
Aunque un negocio de otro va pendiente,
Habremos de hacello discrepante:
Poniendo por escrito de presente
Cosas que sucedieron adelante,
Después que noche del eterno sueño
Escureció los ojos del Sedeño.

Por no ser los enojos difinidos
Aunque sus dias fueron acabados,
Antes por los agravios recibidos
El Ortal se vengó de sus soldados;
Y aquellos que pudieron ser habidos
Fueron por su respeto castigados,
Y en este lugar cumplo que mi pluma
Con brevedad posible los resuma.

Pues cada cual elegia representa
En relacion historia recogida,
Y aquel gobernador que la cimenta
No consiente que vaya dividida:
Sino que de un voleo se dé cuenta
De todos los sucesos de su vida;
Y así, pues la presente tiene dueño,
Acabada, diremos del Sedeño.

El cual, mucho después de su partida,
Y de revueltas otras y rencillas,
Ansimismo partió de aquesta vida,
Por cuyo fin también hubo cosquillas:
Tales, que fué su gente dividida
En dos contrarios bandos y cuadrillas;
Unos la gente siguen alemana,
Otros volvieron á Maracapana.

Estos por los delitos cometidos
Y excesos que serán conmemorados,
A instancia del Ortal eran punidos,
Y de los que tenían agraviados:
Fueron en este puerto detenidos,
A fin que todos fuesen castigados;
Entre ellos un Aduza y Joan de Argüello,
A quien la sogá hizo largo cuello.

Pues muchos menearon los tobillos
Pareciendo mas sano dar la vuelta,
Que puestos en cadenas y con grillos
Pagar el carcelaje sin la suelta:
Fueron los sobredichos dos caudillos
Deste motin y última revuelta,
Y todos por llevar caballos buenos,
Se quisieron valer de los ajenos.

Escogió cada cual á su contento,
Porque por la zavana repastaban,
Y Aduza dijo ser acertamiento
Dejarretar los otros que quedaban,
Porque no fuesen en su seguimiento
Aquellos de quien ellos los llevaban:
Astucia de sagaz y de discreto,
Si acaso la pusieran en efeto.

Mas hubo también otras opiniones
Torpes en afezar aqueste hecho,
Y así faltaron las ejecuciones
Que les pudieran ser de gran provecho;
Pues acontece muchas sinrazones
Asegurar con otras su derecho;
Y aunque la culpa hace muy mas llena,
A veces se reservan de la pena.

Fueron pues diez y seis apercebidos
De caballo, de lanza y de rodela,
A quien noche sacó sin ser sentidos,
Como la que de tales es tutela:
Volvieran por los pasos conocidos
A la gobernacion de Venezuela;
Y en Cubagua justicia y regimiento,
Luego supieron el atrevimiento.

Condenando la culpa por atroce,
Cometen al Ortal aquel castigo;
Ortal, que sus afrentas reconoce,
Mucha gente cabal llevó consigo,
Con deseo de dar alguna coce
A quien se le mostró tan enemigo;
Y en tierra firme puestos deste puerto,
Lo que el Aduza dijo salió cierto.

Pues luego los caballos ensillados,
Que vimos escapar del duro trance,
De huellos fugitivos enseñados,
A gran priesa siguieron el alcance;
Pero los delincuentes confiados
No supieron jugar segundo lance;
Pues ó por flojedad ó mala guía
Se dieron menos priesa que cumplia.

Al gran rio de Guárico llegaban
Como setenta leguas caminadas,
Do los cansados cuerpos reposaban
En playas y riberas cultivadas,
Cuando los que por ella caminaban
Fresquisimas hallaron las pisadas,
Y el Ortal reparó la gente presta,
El rigor esperando de la fiesta.

Apolo ya las sombras retiraba,
Pues casi por zenit se les subia,
Y el eje por el medio resacaba,
Con los dorados carros que regia,
Cuando frescor umbroso convidaba
Al descanso que el cuerpo les pedia:
Entonces el Ortal y sus soldados
Dieron en los que estaban accechados.

Bien como peje narces ó torpedo,
Que sin tocar entume miembros sanos,
Y para ser su cebo se está quedo
El peje de los rios destos llanos;
Así los asaltados con el miedo
No pudieron valerse de sus manos,
Por verse rodear tan de repente,
Y no temer aquel inconveniente.

No faltaron allí duros sayones
Que con oprobios y palabras feas
Los pusieron en ásperas prisiones,
Así colleras como arropas,
Representándoles viejas pasiones
Habidas en rencuentros y peleas;
Otros también de mas noble talento
Usaban de mejor comedimiento.

Estaba del Argüello muy sentido
Jerónimo de Ortal por lo pasado,
Y así, sin le guardar orden debido,
A muerte natural fué condenado:
Finalmente, que fué, sin ser oido,
De la rama de un árbol ahorcado,
Ejecutando fuera la sentencia
De su gobernacion y pertenencia.

Argüello muerto, como dije antes,
Con muestra de grandísima paciencia
Llegaron á Cubagua los restantes,
Donde estaba juez de residencia,
Y adonde no faltaban querellantes,
Ajenos de virtud y de clemencia:
Afrentaron soldados de gran suerte,
Y Aduza padeció pena de muerte.

Conclusos estos casos tan estraños,
Indignos de cubrirse con tiniebla,
Ortal, pobre, pasó por muchos años
En casa de un vecino dicho Niebla:
Fué después contador, mas no de daños
Que hacia sin orden y sin regla,
Herrando libres indios por captivos,
Cuyos números fueron excesivos.

Estando pues el pobre con resuello
Menor que para lo cotidiano,
Y tan pobre que mas no pudo sello
Aquel Epaminondas el tebano:
Ante los oidores un Argüello
Quejó del por la muerte del hermano;
De manera, que fué por su presencia
A defender sus causas al audiencia.

Para satisfacion del tal esceso
Faltaba lo que el otro pretendia,
Por ya no ser Ortal, Mida ni Creso,
Ni tener lo que Pitio tenia,
Ni aun para pagar costas de proceso,
Y así se concertó por cierta via:
El Ortal, libre ya desta manera,
Tomó en Santo Domingo compañera.

Gozando de mujer, dama lozana,
Una siesta cubierto de sudores,
Por asiento tomó cierta ventana
Para tomar del aire los frescores,
Donde septentrion ó tramontana
Hacia mas templados los calores,
Y luego, como aquel rey Andebunto,
O como Nicanor, cayó defunto.

En proporciones era delicado,
Y también en sus tratos tuvo esto:
Fué grave con nota de pesado,
Varon gallardo, suelto, bien dispuesto:
La barba clara, rostro bien formado,
Alegres ojos, apacible gesto,
Decían de buen pecho ser ajeno;
Pero por cierto yo lo hallé bueno.

Honró su funeral ilustre gente
Como suele ciudad tan generosa
Al que es inferior y al eminente,
Sin que de claridad le falte cosa:
Enterráronlo muy honradamente
En parte conviniente y honorosa,
Y donde las exequias se hacian
Pusieron unos versos que decian:

*Continet Ortali, bustum quod cernitis, ossa,
Qui factus Craxus, factus et ipse Bilon.
Valde dolet varios huius perpendere casus,
Plusque dolet nobis tam citus interitus.*

Tiene aquesta sepultura	Dolor es que desatina,
A Jerónimo de Ortal,	Considerar su ruina;
Cuya carrera fué tal.	Pero lo que mas dolió
Que en ella le dió ventura	Fuó morir como murió.
Antes bien y después mal.	De muerte tan repentina.